

Ángeles perturbadores

José Gordon

En diciembre de 1912 Rainer Maria Rilke llega al castillo de Duino, una fortaleza medieval que se erige sobre un acantilado del Mar Adriático. Es un momento de su vida en el que necesita, como nunca, otros aires. Junto con su anfitriona juega a traducir, *La vida nueva*, la primera obra conocida de Dante. El lugar no podría ser más adecuado. Se supone que en Duino, Dante escribió algunos pasajes de la *Divina Comedia*.

A finales de enero, Rilke se queda a solas en Duino. En ese silencio de pronto llega una visitación. Lo que aconteció en esa mañana se lo cuenta tiempo después a su amiga. Es el poema del poema. Stephen Mitchell, uno de los traductores de Rilke, describe la escena:

El poeta recibe una preocupante carta de negocios que tiene que atender enseguida. En el exterior sopla un violento aire del norte. Sin embargo, el sol sigue brillando. Rilke baja del castillo por un sendero estrecho al borde del risco. Camina absorto en el problema de cómo contestar la carta. De pronto se detiene. Escucha una voz que parece inhumana en medio del vendaval: *¿Quién, si yo gritara, me escucharía entre las órdenes angélicas?* Rilke toma la libreta que siempre lleva consigo y apunta las palabras como si estuviera recibiendo un dictado. Transcribe los primeros versos de las *Elegías de Duino*:

Y aun si de repente algún ángel
me apretara contra su corazón, me su-
primiría
su existencia más fuerte. Pues la belle-
za no es nada
sino el principio de lo terrible, lo que
somos apenas capaces
de soportar, lo que sólo admiramos por -
que serenamente
desdeña destrozarnos. Todo ángel es te-
rrible.
(Traducción de José Joaquín Blanco)

Con ironía, Mitchell agrega un detalle que, desde su punto de vista, añade un toque de verosimilitud a esta historia: al subir al castillo, Rilke, con el sello de la cultura alemana (ordenado incluso frente a la inspiración cósmica) deja a un lado su libreta, responde la carta y luego continúa con la escritura del poema. En la noche ya ha terminado la primera elegía.

Para Rilke, el ángel es el ser que garantiza reconocer en lo invisible un rango más alto de la realidad. “Por eso es ‘terrible’ para nosotros —escribe Rilke en una carta al traductor polaco de las *Elegías*—, porque nosotros, sus amadores y transformadores, todavía dependemos de lo visible”. Rilke nos pregunta en sus versos qué pasaría si invocáramos a esos pájaros letales del alma, si un peligroso arcángel bajara desde atrás de las estrellas y diera un paso hacia donde nos encontramos. Los latidos de nuestro corazón nos matarían. ¿Quiénes son esos seres? Estamos ante lo inimaginable. Ello contrasta notoriamente con la visión de los querubines cachetoncitos y sonrosados de Rubens que se suele asociar con lo angelical. Hay, por decirlo así, una versión *light* de los ángeles, decorativa, placentera, y otra que, sin quitarle la luz, nos confronta con los misterios de lo invisible, del mundo espiritual.

En distintas culturas los ángeles, en sus diferentes versiones, han estado presentes a través de los siglos. Hay ángeles *soft* y ángeles “duros”, querubines y nagueles, ángeles de la guarda y espíritus protectores. La pregunta, por supuesto, es si realmente existen o tan sólo son parte de las alas del deseo. En el poema *Seis canciones para Tamar*, Yehuda Amichai escribe con tono escéptico y a la vez nostálgico: “Las alas de periódico revolotean por mi cama. No hay otros ángeles”.

En estos días grises y mediocres en los que existe una terrible hambre de sentido,

se ha puesto de moda la angelomanía. En las librerías hay secciones especiales de textos sobre ángeles. En la Harvard Divinity School y el Boston College se ofrecen cursos académicos dedicados a este tema. En Estados Unidos existen boutiques exclusivamente dedicadas a mercancías relacionadas con los ángeles. Sin embargo, los ángeles —si es que existen— no son mascotas domesticables. En la visión de Ezequiel, se les conoce con el nombre de *jayot* (en hebreo, bestias), animales de luz que tiran el carruaje de la visión sagrada. Se trata de una belleza terrible. En la tradición bíblica se plantea que quien invita a un encuentro con un ángel debe estar preparado para la transformación que acontecerá. Ello queda claramente ilustrado en la lucha de Jacobo con un ángel durante toda una noche. Al día siguiente su mismo nombre ha cambiado. Se vuelve Israel, aquel que pudo confrontar a un ángel.

Si rastreamos las huellas del lenguaje veremos que los ángeles develan, aunque sea levemente, un horizonte espiritual. Ofrecen una entrevisión de un universo más vasto que amenaza nuestro sentido de prioridades. Imaginemos el cambio y el estremecimiento que se daría en nosotros si estuviéramos frente a las asombrosas imágenes de criaturas con cuatro cabezas, múltiples ojos y alas que supuestamente vio Ezequiel. Después de ello nada sería igual.

Termino con una historia de ángeles que nos dice por qué ya no escuchamos la voz que tal vez escuchó Rilke en medio de un vendaval:

Antes de nacer teníamos ese conocimiento, pero un ángel selló nuestras bocas pidiéndonos silencio. Ésa es la razón por la que tenemos una hendidura arriba de los labios, donde el dedo de fuego inscribió en nuestros rostros el olvido. ■